

Clara Levin

LA DUNA
HELADA

ALFAGUARA

SERIE ROJA

PRÓLOGO

EL ARCHIPIÉLAGO

Wyo se llevó un dedo a la frente, donde tenía una mancha de nacimiento color óxido cuya forma parecía variar según el clima.

—Falta menos —la alentó.

Su temperamento era tan mudable como su marca, pero cuando le decía a una mujer que su cría iba a nacer, jamás fallaba. La partera recogió escarcha de la ventana, le refrescó la cara a la parturienta y le dio un empujoncito.

Sunna se puso en cuclillas sobre el catre y se aferró a la cabecera. A cada soplido de aire le seguía una contracción de la barriga. Nit, de espaldas a la esposa, miraba la Noche sin estrellas por la ventana.

El leño en la estufa se había reducido a la medida de un erizo de mar para cuando Sunna parió a los dos bebés. La partera los colocó lado a lado en la única cuna.

—Espejos —exclamó, comparando sus caras, y se rascó la cabeza buscando en su larga y dudosa memoria un caso similar.

Más tarde, Nit la acompañó a la salida por el conducto que comunicaba la morada con el exterior. Pero cuando

abrió la puerta, dio un respingo hacia atrás, chocándose con ella.

Una aurora verde daba un zarpazo en el cielo. Fugaz y tornadiza, la aurora dibujó un manojito de juncos, después un mapa de ríos. Iluminó la Noche e irrumpió en el estrecho conducto como un torrente de agua; luego se evaporó, y la luminiscencia verde se desgranó del aire hasta desaparecer, por último, del contorno de los dos cuerpos.

Con un chasquido, Nit reencendió la mecha de la lámpara. Él y Wyo se miraron en la media luz, aún encandilados. La señal de la aurora era rotunda.

La partera giró sobre sus talones y regresó a la morada, desabrochándose la parka. El flamante padre la siguió unos pasos detrás, con una sonrisa amplia.

La parturienta arqueó las cejas.

—Qué —preguntó.

—Talass nos ha honrado con una aurora. —Nit giró para colgar la lámpara de un gancho en el muro.

Sunna fijó la vista en los críos y parpadeó varias veces.

El pueblo de Polom vivía del mar Talass. A lo largo y ancho del Archipiélago no había otra casta de hombres, porque era un lugar atestado de glaciares, de frío inclemente, y al capricho de un mar que a veces lo cubría de olas o le enviaba mareas enviciadas. Era un mundo más apto para focas y mejillones, y los polomeños lo soportaban a fuerza de hacerle ofrendas.

Tenían un pacto con el mar. Según su creencia, podían pescar de sus aguas a cambio de consagrarle niños. Eran niños especiales, elegidos al nacer, que se adaptaban pronto a la vida marina, convertidos en personas peces. Los llamaban “sirenos de Talass”.

Los sirenos se entendían con las corrientes cambiantes y eran los únicos que cazaban la comida que luego se repartía entre los habitantes. Jamás asomaban la cabeza a la superficie a la vista de los polomeños comunes, se mantenían tan separados unos de otros como el Día y la Noche en el Archipiélago. Para cualquier menester, estaban los ujieres, una corte dedicada a atenderlos, mantenerlos y entrenarlos, y el único momento de sus vidas en el que no participaban era el primero, que solía ocurrir en presencia de la partera Wyo. Los polomeños suponían que Talass percibía cada nacimiento y que las auroras verdes en la noche eran su señal para indicar a los “elegidos”, los futuros sirenos.

—Porque —Wyo les decía a las familias, desviando un ojo hacia la luminiscencia— el verde pertenece a las algas del mar y no a las estrellas del cielo.

Esa noche, la partera le describió a Sunna cómo había sido su aurora:

—Poderosa. Como un torrente de agua que rompe esclusas —concluyó.

Luego acercó una lámpara a la cuna, contempló a las criaturas y se encogió de hombros. Eran dos gotas de agua, y Talass quería uno. Pasó cerca del padre y le dijo:

—Elige tú.

Nit cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su mirada tenía un brillo verdoso. Se acercó a los críos, seguro de que Talass escogería a través de él al próximo sireno.

—Talen —dijo, apuntando a uno.

Y, en ese mismo acto, nombró a su hijo y dejó de ser su padre.

Talen sería un sireno.

La partera Wyo cargó una jofaina con agua y sumergió al bebé adentro. Esperaron a la corte de ujieres.

Los ujieres eran respetados y temidos. De ellos dependía la continuidad del mundo, porque eran los que formaban sirenos, enseñándoles a cazar y a tratar con Talass. También cuidaban el mar y las aguas que habitaban de cualquier intrusión indebida, e imponían castigos a quien desobedeciera –cercenaban dedos, brazos u ojos, tanto a personas como a sirenos–. Por ello inspiraban temor. Usaban un enterizo sumergible con escafandra de piel de foca, adentro y afuera del agua, llevaban un arpón en la mano, y los polomeños se hacían a un lado para dejarlos pasar.

Al ser sumergido en la jofaina, el bebé elegido hizo una pequeña sacudida. Luego se adaptó rápido a respirar bajo el agua, ya que en la barriga de la madre había vivido en un medio acuoso.

–Ya está –dijo Wyo al tiempo que le dio unas palmaditas a Sunna–. Será un buen sireno.

Nit infló el pecho y se marchó con el otro bebé en brazos a un rincón de la morada, donde no estorbarían a nadie.

Los ujieres llegaron pronto, siempre estaban preparados para atender los nacimientos de los elegidos. Apoyaron los arpones contra la puerta del conducto y entraron con una talega cargada. Uno recibió la jofaina de la partera y los otros, como exigía la tradición, desplegaron una cortina de líquenes y la colgaron por el medio de la morada, dividiéndola. No se quitaron las escafandras y era difícil distinguirlos entre sí.

En el Archipiélago, los Días duraban un año de los de los Cinco Reinos. La parte diurna ocupaba dos estaciones,

primavera y verano, y durante todo ese tiempo el sol era visible en el cielo. En cambio, en otoño e invierno era siempre de noche. Los polomeños se regían por los distintos brillos de las estrellas y la inclinación del sol sobre el horizonte, y así ajustaban sus rutinas y sabían cuándo era la hora del ordeño, del trabajo, del aseo, de dormir. Los elegidos nacían siempre de Noche y los ujieres permanecían en la morada de quienes hubieran sido sus padres hasta que estuvieran listos.

Así fue que durante mucho tiempo, los ujieres habitaron un lado de la morada de Nit y Sunna con el elegido. Le enseñaron a nadar en la jofaina y lo acostumbraron al agua cada vez más fría. Del otro lado de la cortina, Nit y el crío restante no volvieron a juntarse con Talen, tal como era la usanza. La madre, sí; ella iba y venía, amamantaba al elegido sin sacarlo de la jofaina, y atendía a todos.

A diferencia del futuro sireno, que se la pasaba casi inmóvil en la jofaina, el otro niño, al que Nit llamó Oskl, lloriqueaba todo el tiempo. Parecía un animal herido, uno de esos pichones de búho que, extraviados, llegaban a la isla y morían aleteando en la orilla. Daba pataditas en la canasta donde dormía y agitaba el aire buscando algo que no estaba. Para aquietarlo, Sunna le cantaba las mismas canciones que al hermano sumergido. Tenía una voz dulce y meliflua que impregnaba la vivienda y quedaba grabada en las memorias de quienes la escuchaban.

Tres inviernos después, los ujieres partieron de la vivienda con el elegido, hacia la Duna Helada; donde sería consagrado a Talass. Tras cerrarse la puerta de la morada Oskl lloró fuertísimo, durante un tiempo largo como un

ovillo. Mientras lo arrullaba, Sunna dijo, más para sí que para el niño:

—Igualito a Talen. —Lo besó en la sien—. Pero lloras.

Nit pasaba cerca.

—Este es un miedoso —agregó entre dientes—. Debimos habernos quedado con el otro.

La Consagración del elegido coincidió con el Amanecer en el Archipiélago. Una vez más, el sol apareció detrás del horizonte, con rayos largos como dedos de arpista. Los polomeños se congregaron en la orilla del mar Talass y apagaron sus teas y antorchas al ver asomar las uñas doradas. Terminaban la Noche y el invierno y, como cada vez que el sol cruzaba la línea del horizonte, cambiaba el ritmo de los quehaceres en Polom. Igual a una rueda que gira en una dirección y de pronto gira en otra.

Talen zarpó al mar con los otros sirenos. Pese a ser el más pequeño del cardumen, nadó extraordinariamente rápido y, a poco de estar en el agua sirviendo a Talass, sus ojos se agrandaron para ver en las profundidades, su nariz se acható y, en su cara, la morbidez de la infancia quedó reemplazada por la inexpressividad de las criaturas marinas.

Mientras tanto, en una costa no muy lejana, una jovencita y un niño contemplaban el Archipiélago de Talass. Allí, el Día y la Noche no duraban meses como en las islas, pero en el pico del verano a veces no anochecía y en el pico del invierno a veces no amanecía. Eso hacía que les fuera imposible saber cuántos días hacía que habían partido del Reino de los Nombres, habían perdido la cuenta.

Esa madrugada, el cielo tenía el tono celeste pálido de los ñames que crecen entre los tréboles y, aunque el pasto

estaba floreado, debieron arrojarse con todo el abrigo que poseían. En el mar flotaban unas rocas blancas que parecían nubes y que se desplazaban lentamente como carretillas pesadas. Las olas rompían en la orilla y salpicaban la túnica de la joven parada sobre el pedregullo. Estaba en puntas de pie y escudriñaba el horizonte; era menuda pero ya tenía cuerpo de mujer, y su mirada era profunda como una escalera cuyo fin no se ve. Sentado a horcajadas sobre su cadera, un crío trataba de meterle los dedos en la boca y ella apretaba los labios, intentando impedirlo.

Hesat y Adriel se alejaban del Reino de los Nombres desde hacía una decena de lunas, y el niño ya caminaba, aunque se cansaba pronto. Habían cruzado colinas y montañas, atravesado llanuras y vadeado ríos. Habían cazado con hondas cuanta ave volara bajo. Tenían la piel de las manos y la cara tan raída como la vestimenta, cuarteada por los vientos y llena de pequeñas costras, tajos, rasguños, que eran fruto de dormir sobre raíces y caminar entre las ramas de los árboles. Hacía tiempo que el suelo se había vuelto árido; si uno se agachaba a tocarlo, ya no quedaba pegado a los dedos. El viento volaba más fuerte por esa zona y el frío no amainaba al mediodía ni, como las flores lo indicaban, en primavera. Sin embargo, cada mañana, Hesat se despertaba y le señalaba con el dedo a Adriel un lugar un poco más allá.

—¿Pod qué? —preguntaba el crío, en su media lengua.

—Porque —contestaba ella. Y, abriendo un brazo, le mostraba que allí todavía había bosques.

Adriel aceptaba la explicación muda y ella reanudaba la marcha. Todavía creía que hallarían en las Tierras de Más Allá un lugar libre de bosques. Los árboles le erizaban la

piel; en su cabeza volvían a sonar las palabras narcóticas del Bosque de las Voces y la asaltaban recuerdos del combate con el Susurrador, el enemigo que había sometido al Reino de los Nombres y forzado a los sobrevivientes de la masacre a vivir en cuevas subterráneas durante nueve inviernos. Hesat suspiraba y le silbaba canciones al crío hasta distraerse ella misma. Pero, aun cuando se le iba la piel de gallina, sabía que, pese a que el Reino de los Nombres había triunfado sobre el enemigo, el enemigo había triunfado sobre ella. Le había otorgado su Sexto Nombre: Hesat. Con ese mismo Nombre, él había derrocado al legítimo rey Gaynel y tiranizado el trono, y con el último aliento, se lo había impuesto a ella. Y pese a que el Nombre no la convertía en su predecesor, portaba un Poder terrible: Engañar. El Poder se había enraizado en su cuerpo como un huésped indeseable que no podía echar. Se sentía una extraña hasta consigo misma. Incluso había evitado recibir su Séptimo Nombre porque no podía borrar el Sexto. Había escapado del Reino llevándose al niño Adriel y, una vez cruzada la frontera detrás de la cual vivían sólo bestias, se había sentido a salvo de ser llamada Hesat; excepto en los bosques, allí revivía los recuerdos de las voces y del enemigo que no lograba dejar atrás.

Esa madrugada fue distinta. Habían llegado a una orilla que era el borde de algo; algo terminaba, algo nuevo debía empezar. Ella contempló a uno y otro lado: este no era el mar Atel que conocía. La costa era de piedra y yuyos, en el aire no había gaviotas, en el agua no había molugas como las que había montado en el Reino de la Espuma, y las olas rompían en el pedregal con ruido a escoba furiosa. Forzó los ojos hacia las raras rocas blancas que flotaban en el mar,

sin adivinar qué eran. Lo único indudable era que sobre ellas no había un solo árbol. Un rictus de satisfacción apareció en su cara; sin percatarse, dio unos pasos adelante, el calzado se le oscureció y el agua gélida le empapó los pies. Pegó un grito. Adriel, risueño sobre su cadera, le tapó la boca con una manito pringosa de baba.

La joven se arrodilló en la orilla –fue más un desplomarse en el suelo–. Adriel se rio otra vez con el movimiento del descenso. Todo le parecía divertido a ese niño por las mañanas.

–¿Degamos, mamá? –preguntó con una sonrisa que mostraba todos sus pequeños dientes.

Ella miró al crío que se había convertido en su hijo. Luego miró hacia atrás: las copas de los árboles sacudían sus hojas. Y miró hacia adelante... Las rocas del mar, donde no había árboles, se podrían alcanzar a nado. Pasó una mano por el cabello enredado de Adriel. Hubiera querido estrujarlo contra su pecho, susurrarle “Adriel, Adriel” y explicarle que necesitaban escapar de los bosques para siempre; en cambio, le contestó:

–Casi, Niño. –Aunque en su fuero íntimo lo había Nombrado Adriel hacía muchas lunas, y un día, fiel a la tradición de su Reino, moriría para entregarle aquel Nombre, en voz alta lo llamaba “Niño” porque desconocía el Primer Nombre que le habían dado sus primeros padres, Tesia y Juno (valiosos jóvenes de la Resistencia que ya no estaban más).

El niño frunció la cara e hizo pucheros. Ella lo abrazó. Entendía que estaba cansado de la marcha; ella también. Lo dejó alejarse a gatas por el pedregullo. Las piedras eran puntiagudas pero él no se quejó. Era así, jamás se lastimaba pese a darse sus buenos golpes –o, al menos, no protestaba, se levantaba y seguía su rumbo–.

Hesat hundió una mano en la espuma y se lavó la cara. Luego se estiró hacia el niño, Niño Adriel, lo limpió y le susurró con palabras cálidas:

—Llegaremos mañana, lo prometo.

Adriel asintió con la cabeza y continuó alejándose, y ella, enojada y sin pensar, se dio una cachetada en la mejilla. Últimamente hacía muchas cosas sin pensar, sobre todo, hablar. Otra vez lo había hecho. El Nombre Hesat se ensanchó adentro de ella. Acababa de engañar a Adriel para saciar sus propias necesidades, que nada tenían que ver con las de él. Desde que había recibido este Sexto Nombre, engañar le resultaba tan fácil como respirar. Hacerlo incluso la llenaba de satisfacción, como cuando se inspira aire floreado. Adriel no quería seguir camino, necesitaba asentarse en un lugar y crecer. Hesat cerró los ojos. Quería ceder ante la necesidad del niño, pero no podía. Apretó la mandíbula y murmuró entre dientes:

—Es la última vez que lo hago. Aunque tenga que...

Su voz se apagó lentamente. No sabía qué debía hacer para dejar de engañar, solo que lo haría. Pero después. Antes debían alcanzar esas formas blancas. Porque allí no había bosques.

Sacó las últimas frutillas del fondo del morral, no eran muchas, pero eran dulces y les darían fuerzas. Luego extrajo un cordel y amarró a Adriel a su espalda. Lo hizo sin mirarlo porque era riesgoso, especialmente para él. Lo puso espalda con espalda para asegurarle la mayor posibilidad de respirar. Se quitó el calzado y lo guardó para facilitarse el nado. Respiró hondo con todo el Poder de otro de sus Nombres, el Primero que había recibido, Petalla, y entró al mar con pasos decididos.

—Será como atravesar el lago de los Nombres —se dijo.

Pero el lago que separaba las orillas Muhuel y Tenumi en su Reino, y que ella había cruzado en los esfuerzos para derrocar al Usurpador, era una semilla frente a la inmensidad del mar que yacía a sus pies, y en estas aguas había fuerzas y peligros que no existían en su Reino. Le faltaba robustez para llegar a nado hasta esos témpanos que le parecían nubes flotantes, y no lo sabía. Además, en aquellos témpanos solo había hielo; eso tampoco lo sabía.

Dobló la cabeza hacia atrás y le dijo al niño con voz temeraria:

—Vamos.

No habló la que respondía al nombre de “madre”; habló la que respondía al Nombre que la había cambiado para siempre. Empezó a nadar en el agua glacial. Adriel lloró y lloró. El Nombre Hesat no sintió ni frío ni pena.